

HISTORIA DE "LA CRUZ DEL SUR"

Este artículo fué escrito a principios del presente año para "La Gaceta Literaria" de Madrid, en cuyo número 59, recién llegado, acaba de aparecer. Hemos creído oportuna su transcripción en nuestras páginas con alguna corrección y ampliación inevitables, ya que habiendo transcurrido unos meses más, nuestra historia se ha enriquecido con nuevos episodios.

Fundé «La Cruz del Sur», revista de arte e ideas, a mediados de 1924. Muy pronto van a cumplir cinco años, especie de mayoría de edad a la que no han alcanzado sino un reducidísimo número de publicaciones de esa especie. Sin anuncios previos, sin exposición de motivos, sin manifestaciones y hasta sin saludar a los «colegas», un buen día surgió, luciendo en su primera página un hermoso poema breve de Silva Valdés. Eran tiempos un poco oscuros aquellos. La juventud literaria y artística de Montevideo no acertaba a plasmar ningún afán colectivo ni siquiera en nombre de personales intereses. De todas partes nos llegaba el eco múltiple de iniciativas ajenas, más o menos brillantes y efímeras, que comprobaban la existencia de una conciencia artística y de una energía gregaria. En Europa y en América, los muchachos se agrupaban para abrirse paso en ruidosos e indisciplinados batallones, fundaban cenáculos, editaban revistas, daban conferencias, escandalizaban, epataban. Entre nosotros, absolutamente nada. Sólo un grupo de artistas, casi todos pintores, se reunían noche a noche bajo el lema de «Teseo», enredor de las mesas del «Tupí-Nambá», y de vez en cuando, Eduardo Dieste nos regalaba algún «Boletín» prieto, denso, pesado. Fué entonces que, juzgando que en el Uruguay existía un núcleo selectísimo de escritores jóvenes capaces de prestigiar el nombre del país bajo cualquier latitud, y deseando dar una impresión de ese conjunto anarquizado, disgregado, me lancé sin saber hasta dónde podía llegar, a la penosa aventura de fundar una revista que pudiera dar idea de lo que nuestro país posee dentro de las más elevadas actividades literarias y artísticas. No se me ocultaban los obstáculos formidables que se opondrían a mi empresa, sobre todo dos: la impermeabilidad de un ambiente semi-culto, incapaz de comprender, y la mala voluntad empecinada y suicida de muchos literatos y artistas extraviados en un inquebrantable individualismo o entregados

a odios, rivalidades y disputas de comadres de bajo fondo.

A pesar de todo, «La Cruz del Sur» apareció, se ha sostenido hasta ahora a través de todas las vicisitudes, y parece dotada de larga vida. Fueron mis principales colaboradores al principio, Jaime L. Morenza, Mario Esteban Crespi que fué el primer secretario de redacción, y Juan Mario Magallanes, en lo literario, y Fernández y González, Federico Lanau y Adolfo Pastor, en lo artístico. Sin interrupción salieron hasta seis números en aquel primer período de 1924, modestos cuadernos de diez y seis páginas en papel pluma. En ellos figura con colaboraciones inéditas lo más destacado de la joven intelectualidad uruguaya: Fernán Silva Valdés, Emilio Frugoni, Federico Morador, Orosmán Moratorio, Humberto Zarrilli, Montiel Ballesteros, Juana de Ibarbourou, Justino Zavala Muniz, Valeriano Magri, Casaravilla Lemos, Emilio Oribe, José Pedro Bellán, Julio J. Casal, Ildefonso Pereda Valdés, Pedro Leandro Ipuche, Parra del Riego, Juan M. Filartigas, Fusco Sansone, etc. Al llegar al sexto número enfermé, y no pudiendo proseguir tal esfuerzo, hube de retirarme a descansar. Pocos meses después, en 1925, volvía a resucitar «La Cruz del Sur», duplicando el número de sus páginas y mejorando su presentación tipográfica. Magallanes asumió la secretaría de redacción; Lanau la dirección artística, y los hermanos Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz, organizaron y dirigieron desde entonces una original e interesantísima sección francesa, escrita por ellos mismos y por otros uruguayos y franceses residentes en el país; Mlle. Christiane Fournier, Edouard Dutreil, etc., amén de algunas colaboraciones especiales enviadas desde Francia. Mi viaje a Europa, en 1926, impuso un nuevo intervalo, menos prolongado que el anterior. Estando en el viejo mundo tuve la alegría de recibir varios números de mi revista, al frente de la cual figuraban como directores literarios Jaime Morenza y los hermanos Guillot Muñoz, y como director artístico, Melchor Méndez Magariños. Casal, vuelto al Uruguay después de una larga estada en La Rochelle, San Sebastián y La Coruña, y de adquirir justo renombre con su magnífica revista «Alfar», se incorporó también a «La Cruz del Sur».

Desde entonces, la dirección de la revista no ha sufrido otro cambio que el recientísi-

mo del alejamiento de Casal, que ha logrado editar nuevamente su «Alfar», después de un largo paréntesis de tres años. Parece ocioso decir que «Alfar» y «La Cruz del Sur» son revistas unidas por estrechísimos y fraternales lazos, y que ambas representan el momento artístico y literario del Uruguay.

«La Cruz del Sur», de acuerdo con el propósito inicial que le dió vida, no ha sido nunca una revista de círculo o grupo, destinada a imponer determinado credo artístico o literario. Han cabido y cabrán en sus páginas todas las tendencias auténticamente modernas, y en ese sentido no ha permanecido cerrada sino para los retrasados e inactuales, para los incapaces de percibir y sentir la palpitación de la belleza de la época, de vibrar sinceramente, ante los magníficos espectáculos que nos rodean, de crear nuevas armonías interiores, de señalar nuevas orientaciones plásticas. Su eclecticismo está perfectamente delimitado dentro de las corrientes del siglo cuyo parentesco es innegable, a pesar de divergencias aparentes que un sereno y desapasionado análisis es capaz de descubrir sin demasiado esfuerzo. En esa forma ha asegurado la persistencia y la regularidad de su ritmo y la fecundidad de su influencia. Otra de nuestras preocupaciones capitales ha sido la de ofrecer una revista uruguaya, es decir, en la cual figuren lo menos posible transcripciones, traducciones y hasta colaboraciones extranjeras. No nos guía en esto un estrecho criterio de nacionalismo literario, sino el deseo de construir una publicación que sea el exponente de nuestra capacidad artística literaria y cultural. Es relativamente fácil hacer revistas con recortes de otras publicaciones; pero esas revistas

no podrán ser consideradas sino como catálogos promiscuos elaborados con materiales usados o de segunda mano. También «La Cruz del Sur» está abierta a las grandes discusiones filosóficas, sociales, continentales y mundiales de nuestro tiempo, profesando sus directores la más avanzada religión democrática, abominando todas las tiranías, y sintiéndose soldados de ese gran ejército que prepara, con el levantamiento de la nueva ciudad fraternal, días mejores para la humanidad.

Finalmente, «La Cruz del Sur» se ha organizado también en sociedad editora, de modestísimos alcances y absoluta ausencia de capital. Lleva ya publicados los siguientes libros: «La Salamandra» y «Don Juan, derrotado», comedias en tres actos, por Carlos Salvagno Campos; «Lejos», versos, por María Elena Muñoz; «Misaine sur l'Estuaire», versos, por Gervasio Guillot Muñoz; «El Rosal», cuentos, por Luis Giordano; «La guitarra de los negros», y «Cinq poèmes négres», versos, por Ildefonso Pereda Valdés. «Raza ciega», cuentos, por Francisco Espínola; «Odas vulgares», versos, por Enrique Bustamente y Ballivián; «El hombre que tuvo una idea», cuentos, por Alberto Lasplaces; «Interpretaciones esquemáticas sobre la historia de la conquista y la colonización española en América», por E. Pétit Muñoz. «El hombre que se comió un autobus», versos por Alfredo M. Ferreiro, «Concreciones» por Carlos Benvenuto, «Suicidio frustrado», por Luis Giordano. Alfredo M. Ferreiro, José M. Podestá y Luis Giordano se han incorporado recientemente al cuerpo de redacción de la revista.

ALBERTO LASPLACES